

EN CAMISA DE ONCE VARAS

FOR

HECTOR H. HERNANDEZ

PRESBITERO

Todos deben leer esta obrita: estamos seguros
de que sacarán provecho.

Imprimase,

Y BERNARDO, ARZOBISPO DE BOGOTÁ

L. S.

DUODECIMA EDICION

Se vende a \$ 0,10 para el país y para el Exterior, en el Apostolado de
la Prensa de Colombia - Apartado 292 - Bogotá. (Atrio de la Catedral.)

PAGOS ANTICIPADOS

IMPRESA EDITORIAL DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA DE COLOMBIA

EN CAMISA DE ONCE VARAS

POR

HECTOR H. HERNANDEZ

PRESBITERO

Todo mundo debe leer esta obra: estamos seguros
de que sacarán provecho.



L. S.

DUODECIMA EDICION

Se vende a \$ 0,10 para el país y para el Exterior, en el Apostolado de la Prensa de Colombia—Apartado 292—Bogotá. (Atrio de la Catedral.)

PAGOS ANTICIPADOS

1900

IMPRESA EDITORIAL DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA DE COLOMBIA
ADMINISTRACIÓN: ATRIO DE LA CATEDRAL. APARTADO 292

INDICE

NO ES PRÓLOGO

EL TITANIC.....	1
EL GRAN INCENDIO EN CASANARE.....	12
LOS HOMBRES LOCOS.....	22
LA MUERTE DE VOLTAIRE.....	28
EL LABERINTO DE DÉDALO.....	35
EL CABALLO MISTERIOSO.....	42
LA MÁQUINA ENCANTADA.....	46
EL BUITRE QUE NO MUERE.....	51
EL PORRAZO DE LA ARDILLA.....	57
EL DUENDE SIN CABEZA.....	61
¡QUE ME PIQUE UN RAYO!.....	65
EL TIGRE Y EL GATO.....	72
CON UNO DE LOS DOS.....	77
PARA MI CAPOTE.....	81

NO ES PROLOGO

Tal vez me preguntes, lector amigo, la razón de un título tan raro para la presente obrita. He de decirte que tal curiosidad no podrás satisfacerla sin que la hayas leído: entonces verás quiénes son los que «se meten en camisa de once varas.»

Procúra propagarla con el mayor celo, pues con la gracia de Dios ha de aclarar muchas ideas y disipar muchas dudas.

Ya puedes empezar. Que te haga buen provecho.

EL AUTOR

PARA CONSERVAR LA SALUD del alma lo mejor es tomar cada seis meses una o varias suscripciones a *LA PRENSA*, de Bogotá.

LA FELICIDAD Y EL BUEN HUMOR se conservan o se recuperan leyendo *LA PRENSA*.

Vale \$ 0,25 la suscripción
APOSTOLADO DE LA PRENSA
BOGOTÁ—APARTADO 292

EL TITANIC

Pocos hechos en los últimos siglos han conmovido más hondamente al mundo entero que el naufragio del famoso *Titanic*. Eran las diez de la noche del catorce de abril de mil novecientos doce. El monstruo de los mares tenía 270 metros de longitud y 28 de ancho, lo que equivale a decir que abarcaba tres manzanas y media; era su desplazamiento de 45,000 toneladas; su costo 10.000,000 de dólares; su capacidad de 2,500 pasajeros cómodamente alojados. Campeaban en él artísticos jardines, un lago artificial, espléndidos salones y almacenes, un teatro y servicio perfecto de alumbrado eléctrico y de coches, todo rebo-sante de lujo y llevado sobre las ondas por poderosísima maquinaria.

Llevaba 325 pasajeros de 1ª clase: 285 de 2ª; 710 de 3ª y cosa de 800 tripulantes. Iban allí acaudalados de la talla de Isidoro Strauss (50 millones), Alfredo G. Vanderbilt (75 millones), George Widener (50 millones), Benja-

mín Guehenhein (98 millones), y por encima de éstos, Juan Jacobo Astor, con 400 millones; todos estos capitales en oro.

También formaban parte de los pasajeros tres sacerdotes católicos, el Gerente de la Compañía dueña del *Titanic*, varios periodistas, sabios y damas notables y, en fin, una banda de músicos.

¿Puede darse un cuadro más completo de la grandeza humana, desafiando sobre el movable elemento la omnipotencia del Criador?

En otro tiempo, cuando los descendientes de Noé petrificaron su soberbia en la torre de Babel, bastóle a Dios para castigarlos en su osadía confundir su lenguaje.

¿Qué hará en el siglo XX ante la ciencia, las artes, la industria y la riquezas coligadas?

Dejará a los hombres que tomen todas sus precauciones, y por encima de ellas, en el momento fijado por su Justicia, hará de ese palacio flotante lo que un niño con la pompa de jabón que aprieta entre su mano.

En la mañana de apuel día el vapor *Niagara* encontró una montaña de hielo que rodaba sobre las aguas. El Capitán calculó su longitud de 100 millas y dio aviso del peligro a todas partes valiéndose de radiotelegramas. Mas aquella mole, empujada por un soplo de

Dios, seguía dócilmente hácia el lugar del desafíoentre el Señor y sus criaturas.

Son las diez y veinte minutos de la noche. Rielala luna sobre el mar tranquilo y las estrellas se bañan en su fondo.

Acaba de terminar un magnífico concierto en el *Titanic* y parte de los pasajeros duermen sin figurarse que ya la muerte cuenta los postreros latidos de su corazón. Algo sublime, horriblemente trágico, se prepara, y angustioso presentimiento embarga los ánimos y entumece las alas del huracán.

Escúchase un golpe seco, apágase con él la luz eléctrica y el buque queda a oscuras. Tal es su trepidación, que se diría que el *Titanic* tiembla de miedo. Súbito pavor cunde por todos los corazones, y aunque la luz se restablece a fuerza de acumuladores, vuelve pronto a apagarse y ya la consternación es indescriptible.

Los telegrafistas Philips y Bride piden auxilio incesantemente hasta que a las 12 y 22 transmiten este último telegrama recibido en Halifax.

«Trabajan todas las bombas, pero perdemos espacio firme por momentos. Están ya en el agua los botes de salvamento, ocupados por mujeres y niños. Adiós.»

Entre tanto la gigantesca nave va bajando lentamente a su sepultura. Cada cual lucha desesperado por salvar su vida, mas la oficialidad y los tripulantes cumplen sin contemplaciones su deber y gritan sin cesar: «¡A los botes las mujeres y los niños!»

Se oye horrible desconcierto de lamentos, frases de desesperación, exclamaciones de súplica y oraciones en diferentes idiomas. Los tres sacerdotes católicos van de un extremo a otro, ya repartiendo absoluciones, ya escuchando blasfemias.

A medida que el buque se consume, el espacio seco se reduce y empieza entonces la más horrible de las tragedias y la más grandiosa manifestación de la nobleza y el heroísmo a que llegan los corazones humanos en momentos de supremo sacrificio.

El archimillonario Astor resuelve en ese instante conquistar otra clase de riquezas, las del cielo, premio de su abnegación en salvar a los demás. Un ruso lleva en sus brazos a una mujer y a un niño, ruega a los oficiales que se los embarquen, besa agradecido la mano de sus bienhechores y mudo y resignado sube a esperar la muerte. Un niño inglés rehusa salvarse sin su padre, y no pudiéndose desprenderle de su cuello, el Capitán los embarca ambos en un bote.

Cuando los marineros tratan de desalentarse, oyen de su Capitán las palabras de Wellington: «¡Muchachos! ¿Que van a decir de nosotros en Inglaterra?» Y Wilde, el 2º Jefe, al soltar el último bote, grita al contraamaestre: «¡A tu valor encomiendo esa gente! ¡Adiós, Billy!» Un momento antes dice un oficial a la señora del millonario Strauss: —«¡Señora! es preciso partir.» —«¡Nunca! contesta ella. Yo no abandono a mi marido.» Replica el oficial: —«Hay puesto para los dos.» Strauss rehusa mientras haya una sola mujer a quien salvar; se lucha por desprenderle a su esposa, mas ésta resiste y muere al fin abrazada a su marido.

Allá, en lo más alto de la cubierta, plateadas sus sotanas por la luna, descubierta la cabeza, de pie como Moisés a orillas del Mar Rojo, y extendidas las manos en actitud de bendecir los botes que se separan, contémpanse tres sacerdotes católicos: están en el ofertorio del sacrificio. Es entonces cuando cerca de ellos los músicos del *Titanic* empiezan a tocar el himno «¡Más cerca de Tí, Dios mío!» Y el eco de sus notas va a despedir a los que se alejan embarcados en los botes, arrulla en el sueño de la muerte a los que ya perecieron, prepara y consueta a los que sobreviven, y sube clamoroso hasta el cielo pi-

diendo misericordia. Aún tiemblan sobre las aguas los últimos acentos del himno, y ya la gigantesca nave se ha arrojado con la superficie cubierta de cadáveres. Una voz misteriosa parece repetir: «¡Así terminan las vanidades del mundo! ¡Sólo Cristo existió ayer, existe hoy y existirá siempre! ¡Sólo Dios es grande!»

De todos los pasajeros, sólo 655 se salvaron recogidos por el *Carpathia* a las 4 y 10 minutos de la mañana.

Cuando el sol doró la superficie del mar, no se notaba ni un ligero rizamiento que sirviera de epitafio al *Titanic*.

Al llegar aquí, no puedo resistirme a copiar el magnífico canto de Alberto Risco, hijo de Loyola:

¡CERCA DE TI, DIOS MIO!

A los náufragos del "Titanic"

Callád por un momento,
rugido de los mares,
sosiéga tus enconos,
revuelta inmensidad;
olvida los titánicos
enconos seculares
y forma con tus ondas

fantásticos altares,
que va a cantar el hombre
de Dios la majestad.

Tu fuerza es el coloso;
tu atlante fortaleza
del ábrego mil veces
la saña encadenó;
sepulcro halló en tu seno
del rayo la fiereza,
pero vencer no puedes
del hombre la realeza:
cortar su vida puedes;
pero humillarle, nó.

Celoso, al ver triunfantes
los genios de la ciencia
que tus espaldas cóncavas
rayando ufanas van,
concentras en los bosques
de hielo tu potencia,
y en ellos cabalgando
tu indómita violencia
se lanza contra el fuerte
costado del Titán.

¡Venciste! Por tus fauces
descienden a la hondura
los genios de la ciencia

en loca confusión;
y gime entre tus hielos
su férrea contextura,
cual suenan del cordero
los huesos que tritura
con garra poderosa
famélico león.

¡Venciste! ¡Mas el hombre
te vence en su derrota!
tu triunfo ha roto el lazo
de su prisión mortal.
¿No escuchas los acordes
de melodía ignota?
¡Son almas que suspiran!
Sobre sus frentes flota
la ráfaga primera
de brisa perennal.

«Júntame a Tí, Dios mío;
y si la cruz un día
al alma con su peso
anega en el dolor,
hasta que desfallezca
rendido de agonía,
sea la oración postrera
que exhala el alma mía:
— ¡Cerca de Tí, Dios mío,
más cerca, más, Señor!

«Si el cáliz de amargura,
que Tú me das rehuyera
mi labio, cual tu labio
lo huyó en Getsemaní,
aunque anegado en llanto
mi corazón se viera,
con mi aflicción luchando
sereno repitiera:
—¡Cerca de Tí, Dios mío,
más cerca, más, de Tí!

«Cuando la muerte hiele
mis miembros con su frío;
cuando me quede solo
el único estertor,
sea la postrer palabra
que selle el labio mío,
como en las flores queda
el último rocío:
—¡Acércame a tu seno;
más cerca, más, Señor!» (1)

¿Lo escuchas? son los hombres
que presos en tu mano
bogando van al puerto

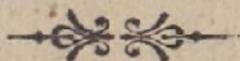
(1) Estas tres estrofas son la traducción casi literal del canto que selló los labios de los naufragos del *Titanic*.

sin miedo a naufragar.
¡El barco desaparece!
¡Ya todo es oceano!
Y aun suena entre las ondas
el canto sobrehumano:
—¡Cerca de Tí, Dios mío,
más cerca quiero estar!

Aprende esa plegaria,
revuelta mar bravía,
para cantarla luego
del huracán al són;
yo quiero que la escuche
de tí la raza impía,
que tanto de sus vanos
inventos se confía,
que tiene con su orgullo
tapiado el corazón.

Confíesa que ha quedado
rendida tu potencia,
que en su victoria el hombre
te huella con su pie,
porque el Titán no era
el genio de la ciencia
que hundió en sus torbellinos
tu indómita violencia,
porque eran los Titanes
los genios de la fe.

Acógelos Dios mío,
en la mansión serena,
allí donde las almas
se abisman en tu amor.
No olvides que nos dejaste
la tierra toda llena
con el perfume de esa
plegaria que aún resuena:
como suspiro eterno:
¡Cerca de Tí, Señor!



EL GRAN INCENDIO EN CASANARE

El naufragio que acabamos de describir no es más que la imagen descolorida y muerta de otro naufragio más aterrador que continuamente estamos viendo en el presente siglo: el naufragio moral del hombre, de la familia, de la sociedad y de los pueblos.

¿Quién no ha visto esas flores que en tiempo de heladas se abren hermosas por la mañana, cuando el primer cariño de la brisa las despierta y el primer rayo de sol las entreabre; que parecen ufanarse con su hermosura y que, pocas horas más tarde, cuando el viento muge y la nieve cae en blanquísimos copos, se tronchan sobre su tallo, se doblegan sin brillo y sin aroma, reconcentran sus pétalos como buscando calor y por fin, uno a uno, los van dejando caer hasta que arrastradas por el vendaval quedan sumidas en la primera charca que a su paso encuentran?

Y ¿quién no ve hoy jóvenes que há muy poco dejaron las caricias de la madre y el calor de su regazo con la frente pura y los labios sonrosados, que tal vez se ufanaron con el ensueño de prolongada y feliz existencia; y, poco después, hundidos los ojos y sin brillo, mustios los labios, encorvado el cuerpo, débil la voz, marchito el corazón y atrofiado el en-

tendimiento, ni ríen con espontaneidad ni llo-
ran con resignación y que antes de terminada
la pubertad se hallan al fin de la vejez y pisan
desengaños y huellan abrojos y se inclinan so-
bre un sepulcro prematuro?

¿Qué es lo que les pasa?

¿Qué conjuro les arrebató la dicha con la
juventud y les sume en desgraciada vejez a
los quince años?

Es *la helada* del espíritu; es el viento de
las pasiones; es la lluvia del mal que los salpi-
ca; es el naufragio que los amenaza.

¡Desgárrase el alma cuando se encuentran
a millares en la época presente jóvenes imber-
bes que apenas si han saludado las primeras
letras, o estudiantes de universidades, mozal-
betes de billar que miran con compasivo des-
precio a las generaciones de sesenta siglos ta-
chonadas de lumbreras que iluminarán el mun-
do de las ciencias mientras ellas existan, de
apologistas y teólogos, de astrónomos, histo-
riadores, poetas, naturalistas, filólogos y lite-
ratos, cada uno de los cuales formaba legio-
nes, sólo porque humillaron su razón a la fe,
sólo porque creían en Dios!

Desgárrase el alma, repito, ante esos jó-
venes ya áncianos que nunca, a los quince
años, murmuran una plegaria, ni entran en
una iglesia, ni quieren autoridad que los do-

mine, ni altar que les recuerde su principio y su fin, ni Dios que los sentencie como sus obras piden.

Ni menos triste se manifiesta el cuadro de la mayor parte de las señoritas del día.

No es que pasen el día alternando entre el espejo y el piano o la ventana, ni que sacrifiquen al padre o a la madre para satisfacer los insaciables antojos de la moda, ni que pisoteen tantas veces en veinticuatro horas cuantas ocasiones se presentan, el respeto y la obediencia debidos a los mayores; ni que hagan de sus relaciones de sociedad escuela perenne de murmuración y chisme, germinadores de desavenencias y discordias. Todo ello fuera tolerable en comparación con el descaro con que las jóyenes del día, salvo rarísimas y por lo mismo muy honrosas excepciones, se sirven de su hermosura y atavíos para corromper a los demás y corromperse a sí mismas, ora con sus vestidos que tanto van simplificando que se duda si es que pretenden volver a los tiempos en que la inocencia de nuestros padres no les dejaba caer en la cuenta de que se hallaban desnudos; ora con su presencia en funciones teatrales o cinematográficas donde su reputación las más de las veces queda mal parada y donde sirven de incentivo a pasiones por otra parte mal reprimidas; ora con la lec-

tura de novelas inmundas que abrasan y enlodan el corazón; ora, en fin, en ese cúmulo de peligros que el sensualismo de nuestros tiempos prodiga a todas horas y en todos los lugares.

Y esos jóvenes de ambos sexos, así desarrollados, son los hombres y mujeres del día de mañana, como los de hoy son los jóvenes de ayer. Ocurre, al escribir estas palabras, una pregunta horrible: si de los jóvenes de la generación pasada, mil veces menos corrompidos e incrédulos que los que ahora se levantan, tenemos una sociedad tan atea e indiferente, tan carnal y metalizada, ¿cuál será la sociedad del futuro?

Hace muy poco tiempo un labrador de Albejón, en España, viendo su cosecha perdida, salió al aire libre, cerró los puños y los levantó en alto, barbotó unas cuantas blasfemias y después, tomando un revólver, le disparó un tiro a Dios; mas el proyectil empezó a sentir frío unos ochenta metros más arriba y resolvió devolverse, y, encontrando de paso al que lo había lanzado, lo traspasó con mayor fuerza que al salir del revólver: es que entonces disparaba Dios!

¿No será esta la representación del hombre, de la familia, de la sociedad de mañana, si las cosas no cambian de rumbo?

Ni es menos espeluznante el cuadro de la familia *a la derniere*. Cuando la unión de los dos seres, jefes del hogar, se ha hecho civilmente, no se distingue de la amnistía entre el macho y la hembra de los potreros, sino en que aquéllos visten seda, firman y hablan, y éstos nó. Cuando esa unión se ha hecho como manda la Iglesia, no pocas veces sucede que el único móvil ha sido el dinero o la carne o ambas cosas reunidas, y entonces, aunque en distinta forma, volvemos al caso anterior. Lo común, lo *acostumbrado* es que el marido no cree en nada, se llama *espíritu fuerte* porque prescinde de la fe y no mira bien a los curas, se gloria de pertenecer a alguna logia o hace al menos alarde de espíritu mundano que sólo atiende a la vida presente sin cuidarse de la futura. Por *compromiso social* pasará lo necesario para gastos en la casa, pero no andará muy preocupado por la fidelidad conyugal ni por la moralidad de sus hijos: bástale que se formen robustos, galantes, dignos de *presentarse en público y hacer papel*,

La señora, por su parte, salvo, repetimos, muy raras excepciones, concurrirá si queréis, a las funciones religiosas, será, y es muy posible, miembro de varias congregaciones, comulgará, y tampoco debemos parar mientes en ello; con mucha frecuencia ayudará a

organizar procesiones y adornar pasos, tendrá en su *retrete* un delicado reclinatorio y junto a él un variado surtido de libros místicos, todo eso y algo más; pero en cambio, usará descotes como actriz de teatro; gastará horas enteras en afeites y misturas para la piel que ya empieza a denunciar sus años; irá sin remordimiento, acompañada de sus hijos, a ver la representación de *La casta Susana* u otras de la laya, a pesar del clamor que su inmoralidad produzca; asistirá a tertulias prolongadas hasta altas horas de la noche sin cuidarse de lo que entretanto pueda pasar en la casa; leerá también, alegando que *una debe estar al corriente de todo*, novelas que deberían dejar hediondas las manos; no tendrá repugnancia en que el hijo, quizá de doce años, a quien dio una llave del portón *porque es preciso que aprendan a gobernarse*, vuelva al hogar pasada la media noche, quizá haciendo figuras geométricas con los pies, o se quede por fuera sin saber dónde. En una palabra, así el marido como la mujer, los hijos y la servidumbre, irán cada uno por su lado, no como Dios sino como el diablo les ayude.

¿Y la escuela y el colegio y el trabajo? En eso no se ponen los ojos sino accidentalmente, en cuanto conducen al *lustre de la familia*, sin que sea cosa digna de examen el

que los hijos se eduquen con Dios o sin Dios, con sanas doctrinas o con acervo de sofismas y burlescas perogrulladas.

El teatro, la escuela, el periódico, la novela, la pintura, las calles, las plazas, los vestidos, las costumbres, el hogar y casi hasta la atmósfera se resienten de podredumbre e infectan con sus miasmas.

No hace diez años se dirigía un viajero, atravesando las interminables estepas de los Llanos de Casanare, hacia Arauca. Iba caballero en una mula, moviéndose por en medio de pajonales reseco por el verano, como átomo perdido entre las arenas de un desierto. El sol dejaba caer sus rayos como chorros de plomo derretido.

Meditabundo el viajero dejó volar su imaginación, en tanto que envolvía un cigarrillo. Sacó luego un fósforo, lo encendió, arrojó la cerilla después de soplarla con fuerza, y prosiguió su camino. Pocas cuerdas adelante le saca de sus ensueños el confuso rumor de repetido chisporroteo, cierto olor acre y una especie de nube que lo envuelve. Vuelve la cara y una muralla de fuego terminada en lengüetas, viva como el fulgor del rayo, rápida como el rodar de la tormenta, hiere sus ojos y le sobresalta el corazón. Oprime con las espuelas los costados de la mula, se inclina sobre ella,

la fustiga con el látigo a uno y otro lado, y parte como el huracán que zumba en sus oídos ya oculto el sol y ennegrecido el cielo. Galopa sin cesar, y parece que cuanto más apura, con mayor velocidad lo persiguen las llamas. Han pasado largos y mortales momentos. La noche tiende ya sus sombras sobre la pampa, y el jinete sigue galopando, exhausto ya y perdida la esperanza.

De pronto un haz de paja encendido cae delante de su cabalgadura, arrastrado por el viento y entonces el jinete, alcanzado por el incendio, se detiene, baja de la mula, se pone de rodillas, vuelta hácia las llamas la cara iluminada, levanta extendidas las manos, tala dra con sus ojos los cielos y los clava como dos saetas en el corazón de Dios, pidiendo misericordia. En un instante el viento cambia de dirección y el afortunado viajero queda en salvo.

Tal sucede con la humanidad en nuestro siglo, y tal es su remedio. Ya no puede decirse que se vive la vida sino que se fuma y se quema. Para los individuos, las familias y las sociedades, el tiempo de su existencia es un cigarrillo más o menos largo, más o menos grueso; pero de todos modos sólo produce cenizas y humos. Se le enciende con pasiones y esas pasiones producen horribles incendios:

niños ancianos por el vicio, hombres y mujeres sin fe, idólatras del oro y de la carne, familias sin unión y sin honra, sociedades sin moral, pueblos sin autoridad y sin Dios, convertidos en inmensa fábrica donde cada hombre es una máquina o una rueda, todo, menos una criatura con destinos eternos. El mundo está incendiado; la humanidad galopa y en vano quiere escaparse de las llamas: ya los haces encendidos la circundan. ¿Qué hacer?

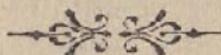
Apearse de su orgullo, postrarse en tierra, levantar los ojos y el corazón al cielo, extender las manos en plegaria ferviente, pedir misericordia, volverse a Dios.

Pero ¿cuál, entre tantas causas como se señalan al estado de las cosas presentes, es la capital? Creemos que el olvido de la responsabilidad que pesa sobre nuestros actos: se olvida que si son libres, son también imputables, dignos de premio o de castigo.

Vamos, pues, a estudiar someramente y al alcance de todas las inteligencias, el orden moral, su raíz y sus consecuencias; los falsos sistemas que acerca de él se han inventado; las doctrinas de los doctores católicos; lo que la fe y la razón enseñan por el magisterio de la Iglesia; la lucha entre las consecuencias deducidas de tales principios, y en conclusión lo que cada individuo, cada familia, cada socie-

dad y el mundo entero tienen que hacer hoy si pretenden conjurar el incendio y salvarse del naufragio.

Camina con confianza, benigno lector. Te prometemos no engañarte y hacer todo lo posible para que a un mismo tiempo te deleites, te instruyas y te reformes.



LOS HOMBRES LOCOS

Como torrente desbordado que a su paso todo lo derriba, la impiedad ha invadido el campo de la filosofía en las últimas centurias con tan potente empuje, que ha logrado echar por tierra, al menos momentáneamente, no pocas de las columnas que sostenían el edificio social; mas al modo que la inundación corre triunfante hasta encontrar el murallón de granito que la detiene; la impiedad llegó al orden moral, quiso pasar por encima y tropezó con el obstáculo de que en una o en otra forma él existe impreso en todas las conciencias rectas. Jamás, en realidad, fué más rudo el ataque que cuando los *filósofos enciclopedistas* del siglo XVIII se coligaron contra la moral cristiana y quisieron, sobre sus escombros, levantar una sociedad atea y desenfrenada. Mas el *orden moral* los seguía por todas partes como el fantasma de Hamlet y su manera misma de proceder, las acciones de los demás y la naturaleza toda, les ponía en contradicción elocuente.

En medio del derrumbamiento social producido al grito de *¡No hay Dios, ni religión, ni moralidad!* escapado de los basfemos labios de Voltaire y repetidos después por escritores adocenados que, sin el talento de Vol-

taire, quisieron emularlo; los cimientos de las sociedades europeas se han ido socavando por el vicio y el error que de los eruditos pasaron en conferencias amotinadas, en libros, folletos y periódicos, y últimamente por medio de la más asquerosa pornografía, a las clases obreras y aun al sexo que por su naturaleza debería vivir en el mundo de los nobles y tiernos sentimientos, y no en la sentina de las pasiones degradantes.

Ni a tales predicadores del ateísmo faltaron las sonoras palabras de *acciones nobles, arranques generosos, virtudes cívicas, satisfacción del deber cumplido* y mil más; ni en nuestros tiempos a los que en la América hacen gala de ir remedando cuanto pasa allende el mar, han faltado las muy trilladas y fascinadoras de *concordia, tolerancia, libertad, igualdad y fraternidad*; mas ¿qué viene a ser ese cúmulo de palabras hermosas cuando se precinde de Dios y de su moral? Un fárrago de contradicciones y de absurdos.

Si Dios no existe y sus preceptos morales no son sino chocheses de curas y de frailes, lo noble de las acciones quedará sujeto al antojo de cada uno; los arranques serán generosos cuando a cada uno se le venga en deseo; las virtudes cívicas serán máscaras de buena apariencia con que el rico o el hombre de me-

diana instrucción cubre la desnudez de sus peores acciones; y la satisfacción del deber cumplido será un absurdo. Si no existe Dios, ¿quién impone los deberes, quién castiga su infracción, quién recompensa su cumplimiento?

Ni menos tontas son, sin Dios ni moralidad, las palabras concordia y tolerancia. No habiendo quién imponga deberes ni refrene pasiones, cada hombre querrá ser independiente, dueño de hacer cuanto el cuerpo le pida y de impedir cuanto no le agrada, y multiplicada esta situación de ánimo tantas veces cuanto sea el número de los hombres, es imposible toda concordia y toda tolerancia.

¿Y qué decir de la libertad? ¿Podrá ser libre quien empieza por ser esclavo de una pasión, de un error o del primer charlatán que lo liberta de la creencia en Dios, para que le crea ciegamente y le obedezca sin réplica a él? Y si todos son libres, en el sentido que lo entienden los liberales, ninguno, por el mismo hecho, es libre, porque yo querré imponer a todos mis caprichos y los demás, tan libres como yo, querrán imponérmelos a mí y repetida esta contienda entre todos los hombres, se parecerán a los cinco labriegos de la fábula que, no teniendo cobertor sino para uno, qui-

sieron taparse con él todos y tirando en direcciones opuestas, acabaron por romperlo y darse de puños.

Baste una sencilla comparación para comprender lo absurdo de la libertad sin Dios: Juan cree ser libre para escupir en la cara a Antonio; pero Antonio cree ser libre para nivelarle las costillas a Juan con un garrote. Será esta la libertad?

Y la igualdad?

Casi dan ganas de reír al ver los aprietos en que se ponen sus sostenedores. La tan suspirada igualdad de intereses, de posición, de derechos y de deberes, sólo puede existir cuando todos los hombres nazcan en un solo lugar, en un mismo instante, con igual inteligencia, con iguales condiciones físicas, desde un lunar en la punta de la nariz, hasta un dedo más en el pie izquierdo, si por casualidad uno sólo, el prototipo, se presenta así. Luégo necesitarían vivir haciendo todos una misma cosa, vestidos de igual manera, comer una misma cantidad, dormirse todos a un tiempo, dar un mismo número de pasos en un mismo punto, con fuerza igual y seguir todos así, estornudando a un tiempo y muriendo, en fin, en un mismo instante, de igual enfermedad, y ser enterrados simultáneamente, compenetrando todos los cuerpos en una misma sepul-

tura. Cualquier variación en lo dicho y en cuanto compone la vida del hombre, rompería la igualdad.

¿No sería la más imponderable necesidad pretender que árboles diversos den frutos iguales y que el mismo cauce necesite el Amazonas que el pestilente chorro de San Francisco que atraviesa a Bogotá? ¿Cómo entonces, se pretende igualar a los hombres, criaturas inteligentes, sin empezar por las materiales que les sirven de asiento y de morada?

¿Puede existir un ejército en que todos sean generales que manden igualmente si no hay a quien mandar?

¿Pueden existir zapateros si todos los hombres hacen zapatos, pero no hay quien se los ponga?

Y predicando doquiera tan bonitas doctrinas que sólo sirven para embaucar tontos y romper el dique de las pasiones, ¿qué fraternidad existirá en los pueblos? La del tigre hambriento con el cordero amarrado; la que en Colombia no pocas veces han experimentado los curas y los frailes: ultrajes, expoliación y destierro. Esa fraternidad es la madre legítima de la Revolución francesa del 93, de la Commune, de la Semana Roja de Barcelona, de los recientes certámenes de civilización en Quito, de los brotes de patriótica concordia e

igualdad del 4 de mayo de 1912 en Bogotá y en todo el país, de los edificantes ejemplos que al mundo ha dado Méjico con su última guerra de chacales y, en fin, de la última conflagración europea de 1914.

Bien echa de ver nuestro lector lo importante que es encontrar el secreto para no caer en semejantes abismos, y conocer, sin parcialidad ni confusión, los distintos senderos tortuosos que al fondo de ese abismo moral suelen conducir.

Esto es lo que vamos a hacer.



LA MUERTE DE VOLTAIRE

Sin necesidad de entrar en pormenores que muchos conocen, que otros no creerán y que los más atribuirán a fanatismo y exaltación, bástenos repetir sobre la personalidad de Voltaire, lo que con tanto acierto dijo Creteineau-Joly, que él «fue, sin disputa, la encarnación menos imperfecta del demonio sobre la tierra.»

Siendo la muerte el eco de la vida, no es de extrañar el fin trágico del blasfemo de Ferney.

Al comenzar el año de 1778, Voltaire se dirigió a París, donde fue recibido por los incrédulos y por las muchedumbres necias, que se dejan arrastrar por masas inconscientes, ruidosa y magníficamente. Mas el *Patriarca de los filósofos*, como llamaban sus adeptos al apóstol de la lascivia y del excepticismo, aún aspiraba a más. *Mi triunfo en París*—había dicho con cinismo sacrílego—*será más glorioso que el del Galileo* (así llamaba á Jesucristo) *en Jerusalén.*

Habiendo emprendido la reforma del Diccionario de la lengua francesa con otros pseudo-filósofos, llamados después *enciclopedistas*, vióse acometido por agudísimos dolores, para mitigar los cuales, apeló a la morfina, con tal

exceso que a ratos se ponía loco. Visitóle el Cura de San Sulpicio varias veces, sin conseguir otra cosa que oírle barbotar espantosas blasfemias e imprecaciones. Su estado no podía ser peor: aletargado y delirante, mezclaba los ayes con las blasfemias. Monsieur Trouchin, que le asistió hasta el último momento como su médico e íntimo amigo, dijo en el resto de su vida que si los pretendidos *espíritus fuertes* o *sabiondos a la dernière*, corrompidos por las obras de Voltaire, hubieran presenciado su agonía, tal espectáculo fuera bastante a hacerles volver al buen camino. «Estaba el infeliz desnudo sobre su lecho, porque el ardor que le consumía no le permitía tolerar ni aun el roce de la sábana: Con los ojos encendidos como dos tizones, maldecía como un endemoniado y golpeaba a las personas que le servían. En una ocasión exclamó: «muero abandonado de Dios y de los hombres,» y en un raptó de delirio, mejor de rabia impotente, se abalanzó al vaso de sus excrementos, comió una parte y la otra se la roció encima con espantoso desatino. Al aproximarse el último momento, las blasfemias se redoblaron y retorciéndose, dijo: «Yo siento que una mano me empuja al tribunal de Dios;» y pidió, casi llorando de terror, que llamaran a un sacerdote; pero los sectarios que rodeaban su lecho, im-

pidieron que cumpliera este deseo. El filósofo volvió en seguida a sus imprecaciones, gritos, aullidos y blasfemias, y entre vómitos asquerosísimos y relinchos como de condenado, erizados los cabellos y volteados los ojos, salió de esta vida el alma de ese hombre, quizá el peor de los nacidos de mujer, ya que el mismo Judas que vendió a Jesucristo antes de consumarse la redención, jamás lo llamó, como Voltaire, «*el infame.*» El día de tan horrible muerte era precisamente el que Voltaire tenía predicho, según le escribió a un amigo, para contemplar a Dios mal parado. ¡Quiso ir por lana y salió algo más que trasquilado!

Quien recuerde las Furias de Orestes tendrá pálida idea de la muerte de Voltaire. Siempre la muerte del malvado se distinguirá de la del justo como una noche obscura y tempestuosa de un día sereno, bañado en resplandores.

De esta horrible escena en que el protagonista es Voltaire, vamos a sacar los fundamentos de nuestra doctrina enseñada por la Santa Iglesia.

¿Qué faltó en la vida de Voltaire y qué falta en cuantos de lejos o de cerca siguen al padre de la impiedad? El recuerdo de que el hombre, por el hecho de serlo, no puede desprenderse del orden moral, de modo que si a

él no ajusta sus acciones, al menos morirá aplastado por el peso de su vindicta, notificada por la conciencia que no calla y por la justicia divina que aun en este mundo se deja a veces desplomar sobre el rebelde infractor de sus preceptos.

No es el hombre un ser que *sin salir de sí* encuentre su felicidad, porque entonces se bastaría a sí mismo, no dependería en manera alguna de nadie, ni en su principio ni en su fin; sería enteramente perfecto en un acto purísimo de su voluntad, y no dependiendo de nadie, sería eterno e infinito, sería Dios, contra lo que sabemos: que tuvimos padres, que nacimos, que necesitamos a cada instante de multitud de seres, que de buen grado o por fuerza dependemos de alguien, y que en virtud de esa dependencia y de nuestra flaqueza, de morir tenemos.

Ni es tampoco el hombre un ser sujeto a obrar por necesidad e irresistiblemente, a manera de criatura inanimada, sino que obra como ser inteligente ¿Quién no elige cada día un objeto más bien que otro y cambia de pareceres y se sustrae a lo que otros quieren y que a él, por una u otra razón, no le conviene o sencillamente no le agrada?

¿Quién culpó jamás a la piedra que rodando desde la cúspide de un monte aplastó